



NÚM. 4.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 22 DE ENERO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Después de la brillante acción del 1.º del corriente en las alturas de los Castillejos, la mas importante de esta campaña es la que se dió el 14 en los cerros de Cabo Negro, último baluarte natural, si así puede decirse, que defiende á Tetuan. Los moros se habían fortificado con tiempo en aquellos altos, y los defendieron tenazmente como su último atrin-

cheramiento, comprendiendo que una vez el ejército en la llanura que rodea á la ciudad, sería imposible de todo punto detener el ímpetu de nuestros soldados. La batalla duró mas de seis horas, sostenida principalmente por la vanguardia y el segundo cuerpo á las órdenes del general Prim, pues el general Zabala, que con tanta gloria ha mandado este último, se encuentra hoy detenido en Ceuta por la enfermedad efecto de las largas fatigas sufridas. El tercer cuerpo que en el órden de marcha había quedado con el general en jefe cubriendo la retaguardia, llegó oportunamente al sitio del combate para tomar los cerros en que el enemigo apoyaba su derecha y tratar de envolverla: pero entonces se pronunciaron los marroquíes en retirada, después de haber dejado el campo sembrado de sus muertos. Cerca de cuatrocientos heridos por nuestra parte atestiguan la obstinación de la defensa y el ardor de nuestras tropas que tomaron á la bayoneta los reductos enemigos, mientras los escuadrones cargaban y destrozaban á la guardia negra del emperador.

Dominadas las alturas que á su vez dominan el valle de Tetuan, las mayores dificultades de esta primera campaña estaban vencidas. El general en jefe conferenció con el comandante de las fuerzas navales y acordaron que la division del general Rios, que embarcada en Algerciras había fondeado en Cabo Negro, fuese á desembarcar en el puerto de Tetuan, á la embocadura del rio llamado

por nosotros Martin y por los árabes Guad-el-Felú. En efecto, al otro día á las seis de la mañana se presentó la escuadra con las tropas de desembarco en frente de los castillos que defienden la entrada del rio y todos se prepararon al combate. No hubo sin embargo necesidad de combatir: los marroquíes habían abandonado los fuertes, y efectuándose el desembarco sin molestia alguna, nuestros soldados tomaron posesion de ellos y de los siete ú ocho cañones que contenian. Las barcas cañoneras subieron entre tanto por el rio hasta el sitio en que deja de ser navegable, donde está el edificio de la aduana, abandonado tambien por los moros.

Mientras la division del general Rios se establecía de esta suerte apoyada en la escuadra sobre las dos orillas del rio á cuatro millas de Tetuan, el general O'Donnell disponía la marcha por el valle. Ya no quedaba á los moros alternativa para oponerse á los nuestros entre dar la batalla en la llanura ó encerrarse en Tetuan. Las fuerzas que el 17 por la mañana se aglomeraron en frente del ejército hicieron creer al general O'Donnell que Muley Abbas se había decidido á presentar batalla en el llano. Para prepararse convenientemente á recibirlo, hizo tomar las alturas de los flancos al tercer cuerpo, y con el segundo la caballería y parte de la artillería se situó en el valle esperando el momento oportuno del ataque. Los marroquíes, dieron al principio muestras de querer pelear con su acostumbrada obstinacion; pero apenas empezaron á notar los efectos de la artillería y vieron moverse los escuadrones, que ardian en impaciencia, se introdujo el desórden en sus filas y emprendieron una retirada con todos los visos de fuga hácia las vertientes de Sierra Bermeja al otro lado de Tetuan.

Libre de enemigos el valle, el ejército del general O'Donnell continuó su marcha y se unió á orillas del Guad-el-felú á la division Rios; estableciendo en la aduana, los castillos y los buques de la escuadra una base solidísima de las operaciones que deben haber comenzado ya contra la plaza.

Teníamos, pues, nuestro ejército á la vista de Tetuan á la fecha de las últimas noticias, y el marroquí arrojado del valle, donde no ha osado arrostrar el efecto de las armas españolas. Tetuan no tardará en caer en su poder y aquí terminará la primera campaña de esta guerra.

Ha llegado á Madrid el estandarte cogido á los marroquíes en la acción del 1.º por el cabo de húsares Pedro Mur. Dícese que este valiente ha sido ascendido, y suponemos que á alférez porta-estandarte; pues creemos que así ha de estar prevenido para casos análogos. El

estandarte marroquí es de damasco amarillo sucio y sin divisa alguna. Será según parece colocado en Atocha entre los demás trofeos el día en que sea presentada en el templo la nueva infanta, es decir, el 25 del corriente.

La suscripción abierta en Madrid á favor de los heridos é inválidos de Africa, ascendía el jueves á mas de dos millones de reales. Creemos que pasará de cuatro lo que se recaude solamente en esta capital con este objeto, porque todas las clases se han apresurado á depositar su ofrenda en el Banco como espresion del patriotismo que las anima.

Los cuidados y dispendios de la guerra no han paralizado el movimiento progresivo que se nota en la construcción de ferro-carriles y obras públicas. Una de las vías férreas, cuyas obras han de llamar la atención de Europa, por el atrevimiento de su concepcion y la solidez y elegancia de su ejecución, es sin duda la de Barcelona á Zaragoza. Los lectores del Museo tendrán á su tiempo la descripción de este camino, para la cual preparamos varias vistas fotográficas. Hoy damos la del viaducto sobre el arroyo de Gayá, que se compone de cinco arcos, el central de diez y seis metros de luz y los restantes de ocho; obra acabada y perfecta en su género, que ha llamado mucho la atención de los inteligentes.

Sigue en el teatro de Oriente la eminente trágica Ristori dándonos pruebas de su genio superior. El otro día representó el papel de Isabel en el drama de Giacometti, titulado: *Isabel de Inglaterra*. El ilustrado autor de la *Giuditta*, estrenada en Madrid con tanto aplauso, ha querido tambien someter al fallo del público español antes que á ninguno su nueva obra, la tragedia *Bianca Maria Visconti*, escrita espresamente para la Ristori y elegida por esta para su beneficio. Sus esperanzas no quedarán defraudadas; el público hará justicia á su mérito, no menos que al de la insigne actriz que tan bien sabe interpretar sus pensamientos.

El señor Carrasco de Molina ha dado al teatro de Lope de Vega un drama en prosa con el título de *Reo y Juez*. Este drama bien desempeñado, así por el autor como por los actores, dejó bastante satisfecho al auditorio la primera noche de su representación. Se ha supuesto sin razon que el primer acto, por cierta semejanza que se le ha querido encontrar con el de *La Oracion de la tarde*, era un plagio de esta obra. Otros han dicho que teniendo el señor Carrasco de Molina escrito su drama con anterioridad al del señor Larra, el plagio en caso de haberlo, sería de este. La verdad es que no existe tal pla-

gio por parte de ninguno de estos dos escritores. El argumento del drama está tomado de una novela francesa que hemos leído no hace mucho tiempo, y cuyo título no recordamos en el momento actual.

En el *Príncipe* se ha representado una nueva comedia del señor Breton de los Herreros, con el título de *Entre dos amigos*. No hay que decir que abundarán los chistes en sus diálogos y que será tan bella esta obra para leída como para oída representar. El señor Breton no ha perdido nada de sus grandes dotes de autor cómico.

Las zarzuelas *Contra viento y marea*, *Los dos primos* y la *Franqueza*, representadas estos días en *Jove-lanos*, no han tenido gran éxito. Es preciso, sin embargo, no confundir la última con las dos primeras; pues ha podido vivir y distraer al público por algunas representaciones, y aquellas no han vivido sino una noche.

Con el título de *Hijos del pueblo* se ha representado en *Novedades* un melodrama bastante bien desempeñado por la Marin, Tamayo, Bermonet y Córcoles; y el jueves último se puso en escena con buen éxito el drama del señor Ortiz de Pinedo *Madrid en 1818*, que creemos dará buenas entradas.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

MARRUECOS.

En el presente número damos un mapa general del Imperio de Marruecos. El Mogreb, Algarbe ó tierra de Occidente, como llaman los árabes á este país, ocupa en Africa una estension próximamente igual á la que ocupa España en Europa. Situado entre el Mediterráneo y el Océano, le cortan al Este y al Oeste largas cordilleras de montes, cuyas nevadas cimas se confunden con las nubes. Estas cordilleras realizan aquella poética tradición de los griegos: son aquel poderoso Atlante, rey de una tierra en que pacían innumerables rebaños, en que crecían árboles de hojas resplandecientes, con ramas de oro, país protegido por altas murallas y custodiado por un dragón de fuego. Este gigante anciano, petrificado en el centro de su imperio, sostenía la bóveda del cielo estendiendo á lo lejos sus brazos como para recobrar lo que había perdido y ocultando en su seno sus tesoros.

En efecto, en el Atlas existen minas de oro, de plata, hierro y cobre, que jamás han sido explotadas. Todos los ríos de Berbería bajan de esta cadena de montes y de sus innumerables ramificaciones, y fertilizan la tierra que se cubre de palmeras, naranjos, olivos y de todas las riquezas vegetales.

El dragón que arroja fuego por la boca, se halla al Sur. Es el desierto de Zahara que á veces lanza el formidable *simun*, viento que levanta, dispersa, amontona ó barre alternativamente sus móviles arenas. Hacia esta parte se estiende la estéril provincia del Guad-Nun independiente del sultan, y cuyas hordas bárbaras viven del robo y del pillage. La atmósfera en este desierto, impregnada de partículas de arena, tiene un aspecto brumoso que muchas veces ha engañado á los navegantes, haciéndoles olvidar la proximidad de la costa que es muy baja por aquella parte y causando frecuentes naufragios. En estos casos en vano los naufragos esperan hospitalidad de los adueros del Guad-Nun: todos son robados y generalmente asesinados. Los buques que van con rumbo al Senegal, á la costa de Guinea y á las islas de Cabo Verde, son los mas espuestos á estos peligros.

Al otro extremo del imperio en la costa Nordeste sobre el Mediterráneo, se levanta una verdadera muralla erizada de rocas. Allí está la salvaje provincia del Riff, cuyos habitantes, tan desapiadados con los naufragos como los beduinos, son cazadores en tierra y piratas en mar: van siempre armados, y como los de Guad-Nun, apenas obedecen al sultan. En esta línea, Tánger, Ceuta, Tetuan y Melilla, son los puntos mas importantes.

El desierto de Angid y el río Mulaya separan el Riff de la tierra de Argel y al Occidente está la provincia de Algarbe propiamente dicha, punta de tierra que avanza en el mar frente á España y que tiene á la izquierda á Tánger y Ceuta á la derecha.

En el Cabo Espartel comienza la larga línea de la costa sobre el Océano, y en ella se abren los puertos principales de Marruecos, como Larache, Rabat, Mazagan, Mogador. Las demás poblaciones como Azamor, Safi, Santa Cruz, son de pequeña importancia, aunque como factorías la han tenido en otro tiempo. Muchos y grandes ríos descienden por esta parte de las laderas del Atlas; pero detenidos al llegar al mar por los bancos de arena que la incuria musulmana deja acumular en sus orillas, no pueden dar entrada á buques grandes; y las crecidas causadas por las lluvias les convierten por la misma razon en torrentes impetuosos, que no teniendo salida franca al mar se estienden por las orillas formando lagos y estanques de donde luego se exhalan emanaciones impuras. Así no es extraño que la peste diezme de cuando en cuando estas poblaciones y aun se ven ruinas de las habitaciones que dejó desiertas la gran peste de 1799; testigos la Mamora y sus inmediaciones á la embocadura del Bu-Regreg y del Sebu.

Entre este triple cinturón de arenas, de montañas y de mares, florecen los risueños jardines del viejo Atlante. El suelo cortado por valles, llanuras, mesetas, cuyas alturas y situaciones diversas favorecen el desarrollo de todas las plantas, desde los cereales hasta las de los trópicos, se cubre periódicamente de ricos frutos y da hasta tres cosechas por año, sin mas abono que el que dejan en él los rebaños ó las cenizas de la ma'za que el pastor quema antes de la siembra. En la provincia de Suz hay magníficos olivares; en ella crecen tambien el almendro, el naranjo, la caña de azúcar, y en las tierras bajas un añil de un color azul muy vivo. El principal puerto de esta provincia es Agadir ó Santa Cruz, fortificado por el rey Manuel de Portugal en 1503 y recobrado por los moros treinta años despues.

En la provincia de Haba hay grandes bosques de una especie de olivo, llamado argar, que contiene olivas de excelente aceite y que dura al arder mas tiempo que el de oliva ordinario. Tambien hay en esta provincia un árbol llamado por los árabes *arar*, cuya madera resiste á los gusanos y no se pudre nunca. El cedro, la encina, el nogal, la acacia, cubren las laderas de las montañas segun su posicion y altura. La caza es abundantísima: los ganados numerosos, y los carneros indigenas dan una lana de finura notable.

Las ciudades mas importantes del interior son Fez, la capital del Norte; Mequinez, la ciudad Santa, no lejos de aquella, donde está el famoso tesoro imperial y donde residen los santones y dervises mas venerados, y generalmente el emperador; y por último, Marruecos, la capital del Sur. De ellas Mequinez es la que tiene mas apariencia de ciudad europea por la amplitud de sus calles y la construccion de sus edificios.

La poblacion de Marruecos es muy diversa, y en un próximo número daremos á conocer sus tipos.

COSAS DE MADRID.

LOS CARRUAJES PÚBLICOS.

(CONCLUSION.)

VII.

Venimos á dar en los carruajes de alquiler para personas vivas, puesto que ya hemos hablado de los carruajes de alquiler para personas muertas.

Clasifiquemoslos por orden de antigüedad.

Estos carruajes son:

La calesa.

La tartana.

El coche simon.

El omnibus.

El carruaje de plaza.

Por último, el carruaje de alquiler de lujo, de pega, hipócrita, cuya filiacion solo conocen los cocheros, y que para el no inteligente, para la generalidad, pasa por carruaje particular.

VIII.

Vamos á ocuparnos con dolor, de la calesa, de ese carruaje popular, esbelto, ligero, gracioso, alegre, digno, donde no caben mas que dos amigos ó dos amantes; carruaje de camino en Sevilla, Cádiz y el Puerto, y carruaje de ceremonia en Madrid para la gente terne.

Y decimos de ceremonia, porque ¿dónde iba la manola de ancho rodete, peine de teja, mantilla de terciopelo, gargantilla de perlas, chaquetilla con hombreras, falda corta y zapato con galgas, ya se tratara de una romeria, ya de una corrida de toros, ya del entierro de la sardina, ya del Pardo el día de San Eugenio, ya de los novillos de Vallecas ó de Getafe, ó de Carabanchel de arriba?

La calesa se enorgullecía con aquella preciosa carga. Parecía que el fuego del alma de la morena, que se exhalaba por sus ojos negros, decidores, chispeantes, se comunicaba al calesero, que arreaba alegre, medio sentado, medio al aire sobre el nacimiento del varal derecho; al caballo, que trotaba con la cabeza alta, la nariz humeante y el ojo ardiente, sacudiendo á compás los campanillos; á la calesa, cuyo movimiento tenia un no sé qué de lascivo, un no sé qué de provocativo, un no sé qué de encantador.

Allá iba aquel precioso tren, aquel grupo, aquel compuesto puramente español, lleno de vida, de juventud, de gracia, y hasta si se quiere de poder, y de una majestad especial, de una aristocracia *sui generis*.

Porque es de advertir que solo la manola jóven y hermosa, se presentaba sin compañía sobre la calesa, como sobre un trono móvil, ostentando su fuerte hermosura, la libertad de su alvedrio, indolentemente reclinada sobre el respaldo forrado de paño encarnado del carruaje, con la mirada velada por sus largas pestañas entreabiertas y como diciendo, con su actitud, con su negligencia, con su aspecto alivo y á la par incitante:

¡Caballeros! ¿quién me merece?

Cuando la manola iba sola, la calesa inspiraba deseo.

Cuando á la izquierda de la manola iba un mocito, la calesa inspiraba envidia.

La manola no se presentaba nunca en la calesa sin compañía, sino mientras era jóven y hermosa: cuando la edad ó las pasiones empezaban á marchitarla, la manola prescindía de la calesa, con una discrecion verdaderamente filosófica, y recurría al coche simon.

Hoy la manola no se sirve de la calesa.

Este carruaje es demasiado pequeño para el miriñaque y demasiado descubierto para que una mujer decente se esponga á un *manifiesto involuntario* causado por la indómita inflexibilidad de la crinolina.

El miriñaque ha absorbido á la manola y ha matado á la calesa.

Este solo dato basta, á nuestro modo de ver, para que el miriñaque sea declarado un invento abominable.

La pobre calesa, la otro tiempo sin rival, ha sucumbido.

Ya para ver algun ejemplar raro, es necesario ir á la plazuela del Progreso, y la encontrareis vieja, marchita, despreciada.

Su caballo no es ya el fogoso vicho andaluz de otro tiempo.

Es un pengo flaco, abierto de los pechos, con la una mano adelantada á la otra; un caballo *escribano*, una alimaña, en fin.

El calesero es un pobre diablo que se gana la vida como puede, y que se pasa las horas muertas, fumando indolentemente, y esperando con la paciencia de Job á que llegue un prógimo vulgar para conducirlo por diez reales á Leganés ó á Pozuelo.

Sin embargo, le queda aun á la calesa un día, un solo día, en que parece lo que era.

Este día es el lunes de cada semana, durante las temporadas de toros.

El *mataor* y su primer banderillero, asi como los demás individuos de á pié de la cuadrilla, van indefectiblemente al Corral en calesa, y vuelven en calesa del Corral despues de terminada la corrida.

Pero llega el miércoles y la calesa se vulgariza.

Pasa la temporada de toros, y la pobre calesa empieza un período de marasmo que dura ocho meses.

La calesa, la en otro tiempo reina absoluta, ha sido destronada.

El eco de las alegres manchegas duerme en sus ángulos.

Los compases de la polca-mazurca y de la redowa, han sido su *De profundis*, y el miriñaque, el odioso miriñaque, su tumba.

Permitidnos que consagremos un suspiro al perdido esplendor de la calesa.

¡Ay! no podemos olvidar que la calesa no ha caído en desgracia sino cuando la mano'a ha dejado de ser lo que era.

¡Y era la manola un tipo tan español, y, sobre todo, tan encantador!

¿Dónde esta?

Le encontrareis, acaso, en un solo y raro ejemplar, como en un solo y raro ejemplar encontrareis la calesa.

Esto consiste en que el siglo XIX es eminentemente refundidor, y en que, como todos los refundidores, para refundir destruye.

Nosotros quisieramos que los pueblos tomasen lo bueno, sin perder lo bueno....

Pero estas consideraciones no son el objeto de este artículo.

Volvamos á nuestro objeto.

IX.

En los tiempos de la preponderancia de la calesa, solo habia otro carruaje de alquiler.

Era este el coche, ó la carretela si non, ó de colleras, carruaje enorme donde cabian cómodamente seis personas, montado en sopandas ó muelles de C, con delantera y zaga, coche de poblacion ó de camino, segun se quisiera, y compañero pacífico, mas bien, auxiliar, complemento de la calesa.

La calesa no pasaba de ser un vis-á-vis, mientras el coche simon, parecia, y en efecto lo era, una especie de arca de Noé.

A pesar de la fraternidad, del buen estado de relaciones entre la calesa y el simon, existia entre ambos una gran diferencia, considerando su origen con relacion á su destino.

La calesa ha sido siempre carruaje de alquiler, ha servido para una misma cosa, ha sido ocupada siempre por gente de una misma clase, ha formado una parte del carácter, de la fisonomía, de ciertas solemnidades, de ciertas fiestas populares: ha tenido, en fin, siempre, si se nos permite la frase, un mismo temperamento: ha sido siempre calesa.

El simon ha pasado por mil y una vicisitudes.

Podrá suceder que al pasar por la plazuela del Progreso, reparéis en algun individuo de levita larga y peluca rubia, en uno de esos seres que van diciendo con su facha á los que saben clasificar los tipos—yo soy académico—parado y observando con sumo interés uno de esos simones, mientras los caballos comen tranquilamente el pienso en la espuerta colgada de la punta de la lanza.

No os estrañe la curiosidad de aquel hombre: es un anticuario, y acaba de encontrar en el coche simon algo

que aclara sus dudas acerca de la construcción, del carácter, del mecanismo, de los coches de en tiempo de Felipe V.

En vano el simon ha sido pintado de color de caña: en vano se han sustituido con muelles los correones; en vano se le ha pegado una zaga y alterádose su delantera: el anticuario ve claramente en él el coche de un arzobispo, ó de un letrado, de una alta dignidad eclesiástica, en fin; aquel carruaje ha empezado á ser, perteneciendo á una alta persona: es un noble degradado que ha perdido sus costumbres y su traje: una grandeza caída, una demostración material del poder del tiempo que determina la continua movilidad de las costumbres, esa revolución pacífica, invariable, incesante, que se llama progreso: una prueba, por lo tanto de la inestabilidad de todo lo que emana de la razón, de la actividad del hombre; una víctima, en fin, de la tiranía de la moda.

En aquel carruaje han latido corazones llenos de ambición; se ha dado, acaso, el último toque, la última fuerza, á grandes intrigas; acaso alguna celebridad cortesana, ha escondido en él el misterio de amores cortezanos, de pasiones ignoradas, de móviles ocultos de grandes sucesos consignados en la historia; el filósofo y el novelista medita ó deduce, ó se inspira contemplando uno de esos armatostes; ellos son una parte superviviente de una época muerta; conocen esas viejas casas de solar que hoy se han convertido en casas de vecindad, y estas casas les conocen á ellos, y los ven convertidos en individuos de la plebe de los carruajes de alquiler; ellos, si hablaran, nos podrían decir hasta qué punto eran largas las narices de Fernando VI, cuántos coches fueron tras el féretro de Luis I y cuántos lunares postizos usaba la princesa de los Ursinos.

Ellos, en fin, nos harían conocer la larga serie de vicisitudes, de degradaciones dolorosas, de recomposiciones, de desgracias, porque han pasado, antes de llegar al miserable estado en que se encuentran.

El coche simon, es pues, considerado en sí mismo, un mueble histórico; considerado con relación á su actual situación, un carruaje de camino para viajes cortos.

X.

De la tartana tenemos muy poco que decir.

Mas joven que la calesa y que el simon, ha sido durante muchos años su buen compañero.

Carruaje de familia siempre, ó omnibus anterior á los omnibus, origen de ellos, vivió con sus antiguos compañeros, de la misma manera que vive con sus compañeros nuevos.

La tartana iba antiguamente en buena compañía con la calesa y el simon, á los lugares donde aflua mucha gente; hoy sigue prestándose á las grandes afluencias en compañía de los omnibus.

La tartana, en fin, no es hoy otra cosa que un omnibus pequeño.

Representa por lo tanto una pequeña industria.

Mañana no podrá sostener la competencia: los grandes omnibus, y la sucesiva reducción de precios, harán imposible su mantenimiento.

Al ocuparnos de la tartana, nos ocupamos implícitamente del omnibus.

Estos carruajes no aparecen mas que los días de toros, de novillos, de romerías, de ejecuciones de muerte, de simulacros y de carreras de caballos.

Muchos de ellos, ordinariamente, hacen el servicio de diligencias á las poblaciones inmediatas á Madrid.

XI.

Llegamos naturalmente á los coches de plaza, de uno ó dos caballos, de esta ó la otra raza, de este ó el otro modelo.

Estos carruajes van á todos los lugares á donde van los demás, y á muchos otros á donde no van mas que ellos, y los particulares que van á donde quieren sus dueños.

Veamos á dónde van los carruajes de plaza, á dónde no van los otros carruajes de alquiler.

Al Prado de día de una manera vergonzante.

Al Prado de noche de una manera vergonzosa.

A la salida de los teatros.

A la salida de los bailes, incluso los de palacio.

A todos los establecimientos del Estado.

A los entierros.

A los grados de doctor.

A toda grande reunión donde los convidados necesitan presentarse sin polvo y sin lodo.

Pero si preservan al que conducen del lodo de la calle y del polvo de los derribos, ofrecen en cambio la casi seguridad de coger en ellos manchas y aun otros algos.

El coche de plaza es el verdadero ómnibus; el carruaje que sirve para todo, hasta para perder la paciencia.

Al entrar en él se puede contar casi casi de seguro con las contrariedades siguientes:

Con una disputa acre y absurda con el cochero.

Con la adquisición de monedas falsas, por lo que debe cuidarse de llevar plata menuda para no verse obligado á recibir un cambio.

Con un descuadernamiento del vehículo, con un vuelco ó cualquier otro contratiempo, que pueden producirse desde una contusión hasta la muerte.

Con que el automedonte atropelle á alguien, y tengais que andar, cuando menos, en declaraciones.

Con que el caballo desfallezca de hambre, se detenga y os detenga, haciéndoos llegar tarde á un lugar al cual os importaba llegar pronto.

El coche pesetero va haciéndose indecente.

A tantos y tantos usos se le destina, que el pobre ha perdido cuanto tenia que perder: desde la consideración pública, hasta sus cualidades necesarias como mueble.

Su forro de seda se ha convertido en forro de percal, y aun así roto y grasiento.

Sus almohadones han perdido su elasticidad.

Sus enlaces se han aflojado, y penetran por las aberturas el viento y el agua.

Hay algunos que tienen goteras, y dentro de los cuales llueve á poco que sea fuerte un aguacero.

Generalmente no podeis usar de los cristales.

Pero en cambio siempre podeis usar de las cortinillas.

A veces, á pesar de estas, y cuando creéis que vais perfectamente ocultos, se abre de repente la portezuela.

El fiador no era de fiar, y podeis veros gravemente comprometidos.

Por lo mismo que el coche de plaza sirve para todo, todo el mundo se sirve de él.

El coche de plaza conoce desde la alta y aristocrática señora, que entra en él de noche en alguna calle escusada, hasta la costurera y la muchacha de servir, que se soplan en él á la luz del sol y en medio de la puerta de idem.

Conocen al alto personaje, al viejo diplomático, á quienes importa que la policía ministerial no sepa á dónde van.

Al marido celoso, que espía la puerta de su casa, haciendo del coche de alquiler su emboscada.

Por vice-versa, al amante que acecha detrás de una cortinilla la salida del marido.

Al enamorado tenaz, que espía la exhibición á la calle de la jamona inflexible, para ponerse en su seguimiento y abordarla por la centésima vez confiando en el proverbio latino: *guta cabat lapidem*.

Por último, la sociedad entera de Madrid, es decir, todas las clases sociales de Madrid, pasan por los carruajes de plaza, haciéndolos confidentes de sus dolores, de sus necesidades, de sus infamias, de sus desgracias, de sus impurezas, de sus crímenes, de sus intrigas, de sus ridiculeces, de sus debilidades.

¡Ah! si supierais lo que saben esos pobres vehículos, podríais escribir unas *Memorias del diablo* infinitamente mas horribles que las que llevan por firma el nombre de Soulie.

Permitidnos que no nos ocupemos mas de ese carruaje.

Solo os diremos, que, á nuestro modo de ver, Madrid era necesariamente mejor de lo que hoy es, antes de que existiesen en él esos carruajes.

XII.

Los carruajes de alquiler de lujo, se emplean en los mismos usos que los peseteros: únicamente que, como son excesivamente caros, solo se sirve de ellos la gente rica.

El carruaje de alquiler de lujo en nada se diferencia de los carruajes de lujo particulares.

Porque su objeto es servir á la vanidad y á veces al cálculo.

Un hombre rico de provincia que viene por una temporada á Madrid, necesita presentarse bien.

Apela á estos carruajes.

En sus portezuelas hay un blason.

La librea de los criados es perfecta.

Los caballos inmejorables.

Estos carruajes sirven con mucha frecuencia para lo mismo que sirven los muebles alquilados, el traje que se debe al sastre, el abono del teatro Real, que se sostiene por especulación.

Son la parte de una farsa que debe producir alguna víctima.

Por lo mismo que son completamente aceptables, los secretos de estos carruajes son de mas trascendencia, mas repugnantes, mas odiosos: pero están por lo demás completamente á nivel de los carruajes particulares.

Estos carruajes se encuentran:

En el Prado de día y de noche.

En los teatros.

En las salidas de baile.

En los entierros.

En las recepciones.

Y con mucha frecuencia en las soledades del Canal.

Son, en una palabra, un excelente recurso para los que pueden gastar desde sesenta reales por hora en adelante.

XIII.

Hemos concluido nuestra reseña de los carruajes públicos de Madrid.

Como dijimos al empezar, graves consideraciones sociales, políticas y morales, nos han impedido descen-

der á curiosísimos detalles, á investigaciones importantísimas; nuestro artículo adolece de palidez; pero no importa: por nada del mundo le hubiéramos dado toda la brillantez de que es susceptible un artículo, ó mas bien un libro sobre los carruajes públicos de este maremagnum que se llama Madrid.

Porque la moralidad es la base de las sociedades y... pero esto será objeto de otro artículo.—Hemos concluido.—Hasta otro día.

15 de enero de 1860.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LAS HILAS.

No solo en los aristocráticos salones, sino tambien en las modestas casas de la clase media, se dedican las hermosas niñas á deshacer trapos para consuelo de nuestros hermanos que con tanta valentía como constancia pelean por nuestra comun honra. Voy á referiros una de esas escenas de familia que presencié la otra noche y en la cual hay tanto sentimiento y tanta ternura que formé propósito de trasladarla al papel, aunque comprendo lo mal bosquejada que irá, solo para tener un recuerdo mas del invierno de 1860 y enseñar á todo el que quiera saberlo, que en el hogar doméstico no pasa un solo instante sin que se recuerde la preciosa sangre que vertida en el africano suelo ha de ser la savia fecundísima de su futura civilización.

Alrededor de un sencillo velador, alumbrado por una pequeña lámpara, se reúnen todas las noches, despues de las ocho, en una modesta casa de la calle de Hortaleza, cuatro hermosas jóvenes tan dignas por su belleza, como por su educación, y sobre todo, por sus virtudes, de figurar en nuestras mas brillantes reuniones. Emilia, Luisa, Carlota, y Eugenia, sin grandes medios con que atender á los valientes soldados, procuran por el que les es posible aliviar su desgracia. Escuchemos sus palabras; sus expresiones mismas nos darán á conocer cuál es el puro sentimiento que las guía á una ocupación tan propia de una mujer, sobre todo, de una mujer cristiana y española.

Amigas mías, les dice Emilia, que es la dueña de la casa, es necesario que esta noche tengais mas aplicación y trabajéis con mas afán, pues ayer fue muy escaso vuestro trabajo.

¡Oh! si nos diste unos trapos tan delgados, le replica Carlota, que no era posible sacar una sola hebra sin romperla. Pues yo os prometo que solo haré hilas muy finas, decía Luisa con envidiable candidez; deben padecer tanto los infelices cuando se les coloquen sobre sus heridas, que quisiera fueran todas de batista para que lo sintieran menos.—Emilia, dice Eugenia, dame ese pedazo de batista, te lo suplico, quiero hacer una cajita de ellas para enviárselas á Carlos: pobre hermano mio, quiero á lo menos que la sangre que brote de sus heridas se detenga por una obra de mis manos.

Las jóvenes habian inclinado en medio de este diálogo sus hermosos cuellos, y con una delicadeza admirable sacaban las hilas que iban colocando simétricamente.

Nada puede darse mas bello que este cuadro. Cuatro jóvenes, hermosas todas, fijos sus negros ojos en su pedazo de trapo blanquecino, sus pensamientos debían estar muy lejos.—Los ligeros suspiros que brotaban de sus labios espontáneamente parecían querer comunicar una idea, una frase de consuelo á aquellos ligeros hilos que quizá irían á colocarse sobre una persona querida.

Pobre Carlos, repetía Eugenia sin cesar y de sus pálidas mejillas descendía una pura lágrima que desaparecía sobre un blanco montón de hilas.

Las otras jóvenes lloraban tambien; pero todas querían evitar á la vista de sus amigas su emoción y únicamente, alguna que otra lágrima venía á hacerlas traicion.

Dime, Luisa, ¿para quién serán estas hilas? decía Emilia, arrojando sobre su compañera una lastimera mirada.—Quizás para él, replicaba Luisa é inclinaba su cabeza para continuar su ocupación de hacer hilas y verter lágrimas.

Habia en aquel tal expresión y dulzura y tanto sentimiento que hubiéramos querido arrebatár á la joven su secreto, para decirle; sí, pelea con valor, triunfa, y ven, que te es; era con ansia la que en tu ausencia solo ha pensado en tí, pero era vano nuestro propósito; pues aquel sentimiento parecía que solo iba dirigido á las hilas como si hubiesen de ser las que se lo comunicaran á él.

Pero somos muy crueles, decía Carlota con profundo sentimiento, y sobre todo, muy egoístas, no nos acordamos mas que de nuestros amigos, y no pensamos que nuestros enemigos tambien tienen madres, hermanas, hijas, que quizá no sepan comunicarnos este dulce alivio que nosotros enviamos á nuestros soldados.

Si, es verdad, contestó Emilia, pero al fin ellos tienen la culpa, son tan inhumanos, tan crueles que creo que no perdonan ni aun á los desarmados y heridos: pobres desgraciados los que caigan en su poder.

Si, son fieras, dice una.

Vengativos, dice otra.

Atroces, agrega la tercera, y en todas se revelaba el

Pero, ¡oh fatalidad inesperada! un marinero, que pasaba entonces inmediato á los que halaban del aparejo, resbala, mide con su cuerpo la cubierta, arrastrando tras sí á uno de los que subian la pipa; tras estos caen otros dos, de cuyas piernas se habian cogido los primeros, el aparejo queda en banda, y la barrica descendió con una pasmosa rapidez hasta desaparecer en el mar.

Fue aquel un momento de confusion y de desorden imposible de describir.

La lancha que habia traído á los pasajeros, y que por fortuna se mantenía aun á corta distancia del buque, corrió al socorro de la infeliz doña Pánfila; la mayor parte de la tripulacion del *Relámpago* se lanzó al aparejo, y antes que la buena señora pudiera darse cuenta de lo que habia sucedido, apareció la barrica en la superficie; subió por los aires con la velocidad de una saeta, y cayó suavemente sobre cubierta.

Doña Pánfila tiritaba de frio y estaba mas muerta que viva: aquel baño inesperado no le habia sentado muy bien.

Cuatro marineros la sacaron en brazos y la condujeron á la cámara, y Eloisa iba sosteniendo y cubriendo de besos la cabeza de su madre.

No se pudo averiguar si la caída del marinero, causante de aquella escena tan desagradable, habia sido casual ó intencionada. El administrador Argensola habia cogido al ciudadano en cuestion dos piezas de merino de contrabando que, segun malas lenguas, se convirtieron en vestidos que lucian pocos dias despues doña Pánfila y su hija, y bien puede ser que la venganza hubiese inspirado al contrabandista aquella caída tan inoportuna.

Pasados los primeros momentos, la tripulacion del *Relámpago* se puso en movimiento; se metió el ancla á bordo á la voz de—¡zarpa!—se fueron largando una tras otra las velas; el capitan se puso al timon; el buque entró en viento, y despues de algunas bordadas cortas por la ría, abocó la barra y se perdió de vista tras la atalaya de Porcillan.

Al abandonar el puerto, un niño arrimado á la obra muerta del buque agitaba su pañuelo, mientras que en la ventana de una modesta habitacion, que daba sobre la ría, se veía una mujer deshecha en llanto que no apartaba su vista del bergantin, cual si aquel buque la tuviese fascinada.

Eran Ceferino y su madre.

B. MENENDEZ.

LAGRIMAS.

Al asomar en Oriente
Su temprana risa, el alba,
Te encontré cogiendo flores
Flores frescas en tu falda.
Con el llanto de la noche
Estaban, niña, regadas,
Y me dieron mucha pena
Aunque tan frescas sus lágrimas.
Las vierte así la inocencia
En su primera mañana,
Pero no por ser tan frescas
Dejan de ser bien amargas.
Imágen son de la vida,
Las flores por tí cortadas,
Pues que cortáste con ellas
Las lágrimas que llevaban.
No te tuve envidia, niña,
Que no eras para envidiada,
Pues si en tu falda hubo flores,
Lágrimas hubo en tu falda.
Ojalá que de tus ojos
Ni tan frescas, niña, salgan,
Que las lágrimas mas frescas
Son amargas para el alma.

FRANCISCO VICENS.

LA OPERA.

Creo como Alfonso Karr, que los músicos son los hijos mimados del cielo; porque allí donde concluye la expresion de la poesía, empieza la de la música.

Quintiliano la ensalzó en sus *Instituciones oratorias*, hasta el punto de afirmar que sin conocerla no puede haber perfecta elocuencia.—Pitágoras decía, que el mundo habia sido formado al son de la música.

La Grecia, que ha dejado en todo modelos admirables, es sin duda alguna la nacion en que se ven los primeros vestigios de la ópera, pues se encuentran en las

magníficas fiestas que celebraban los griegos en honor de *Baco*.—En ellas sacrificaban un macho cabrío, cantando despues algunos himnos en alabanza de aquel Dios. Algunos etimologistas infieren que la palabra tragedia se formó de *Tzajos*, nombre de la víctima, y de *odi* que significa canto.—Para amenizar algo mas la funcion, *Tespis*, que vivió 536 años antes de Jesucristo, introdujo un personaje que recitaba versos en el intermedio de los cantos. *Esquilo* aumentó otro personaje, empezando así el diálogo, de modo que separándose la tragedia de su primitivo objeto, llegó al grado de perfeccion á que la elevaron *Sófocles* y *Eurípides*.—El coro, que en su origen habia sido la parte principal del espectáculo, se convirtió en un accesorio, hasta que con el trascurso del tiempo llegó á desaparecer completamente de la tragedia.

Los romanos, discípulos é imitadores de los griegos, quisieron tambien seguir sus huellas en la música, pero jamás llegaron á igualarlos, por carecer de su esquisito gusto, falta que intentaron suplir con la pompa y magnificencia de los coros y comparsas y el lujo de las decoraciones.

La ardiente imaginacion de los árabes y aquel gusto delicado que mostraron en todo, debió necesariamente de haber contribuido mucho á los progresos de la música. Efectivamente, ellos la ilustraron con numerosos escritos, conservándose todavía en la biblioteca del monasterio del Escorial un códice de *Al-javas*, titulado: *Elementos de música*.—Aunque siguieron la teoría musical de los griegos, lograron corregir algunos de sus defectos, perfeccionando la parte mecánica de los sonidos con el auxilio de sus conocimientos matemáticos.

Un libro que tengo á la vista, de autor anónimo, y titulado *Noticias filarmónicas*, dice que Guido Aretino, monge de San Benito á principios del siglo XI, redujo á tal forma el sistema musical, que no ha admitido sustancial reforma hasta el presente.

Pretenden algunos que los dos monumentos musicales mas antiguos que se conocen, existen en la biblioteca del Vaticano, siendo uno de ellos la composicion hecha por el provenzal *Anselmo Jaidi* á la muerte de *Corazon de Leon*, y el otro un poema compuesto por el rey de Navarra *Tivaldo*.

Italia tiene la gloria de haber sido el país donde hizo la música mas adelantos.

Su cielo azul y diáfano, cuyo esplendor no oscurecen densas nubes; su suelo cubierto de flores que perfuman la brisa con delicados aromas; el rumor de sus olas plateadas; la misteriosa voz de sus valles; todo, en fin, parece que está exhalando una armonía celestial que se reproduce en los sublimes cantos de sus compositores.

Sulpicio es, en opinion de muchos, el restaurador de la música en Italia.—Este compositor vivía en Roma por los últimos años del siglo XV, y se cuenta que rogó al cardenal Riavi, camarlengo de la Iglesia y sobrino de Sixto IV, que inclinase á su tío á edificar un teatro.—*Sulpicio* abrigaba grandes esperanzas de conseguir su deseo, pues el cardenal Riavi ejercía bastante influencia en el ánimo del papa, y era tan aficionado á la música, que habia dispuesto varias funciones en el palacio de Santo Angelo y en un teatro ambulante que se colocaba en diversas calles y plazas.

Pero prescindiendo de estos ensayos, las primeras óperas que merecen el nombre de tales, son las de *Horacio Vecchi*, compuestas á fines del siglo XVI.—El *Anfiparnaso* de este compositor, recitado en el año de 1591, es la primera ópera bufa que se conoce, y la *Euridice*, la *Ariana* y la *Dafne*, del maestro Octavio Rinuccini, las primeras óperas serias que se oyeron en aquella fecha. Desde entonces el arte musical fue perfeccionándose cada vez mas en aquel país hasta el extremo de que ninguna nacion puede rivalizar con él en este punto; y tal vez no llegue á desmentirse nunca el dicho vulgar de que—Italia produce los músicos: Francia les da la gloria é Inglaterra las riquezas.

En aquella época, los poetas preferían para sus libretos los argumentos mitológicos, procurando únicamente seducir la imaginacion del público con hechos fabulosos.

Madame Stael, en la Corina, todavía juzga al teatro moderno de Italia con bastante severidad, censurando algunas de sus ridiculeces!

Francia debe al cardenal Mazzarini la introduccion de la ópera en su teatro.—Un crítico dice que la primera obra de esta clase, se representó en París por el año de 1647, con el título de *Orfeo*, letra de la poetisa romana Margarita Costa.—A pesar de los esfuerzos hechos por Mazzarini, los franceses no cobraron verdadera aficion á este espectáculo hasta despues de la muerte del cardenal ministro.—Varios autores, entre ellos Quinault, La-Mothe y Bernard, escribieron algunas óperas, pero muy inferiores, lo mismo que en música, á las producciones italianas.

En Inglaterra fue conocida la ópera antes que en Francia; pero tan defectuosa que no llegó á representarse en los teatros extranjeros.—Shakspeare se dejó arrebatar por su poderosa fantasia, y el compositor Purcell, fue estraviado por la imaginacion de Shakspeare.—En 1634 escribió Milton su *Comus*, extraña composicion que aplaudieron mucho sus compatriotas. Avenant, sucesor de Ben-Johnson en el cargo de poeta régio, llevó al teatro inglés el melodrama. Su hijo Carlos compuso la *Circe*; Congreve, el *Juicio de Paris*, y Granville

Los encantadores bretones.—Uno de los éxitos mas extraordinarios obtenidos en el teatro inglés, fue el de la ópera titulada *Los mendigos de Gay*, repugnante mezcla de vicios y de crímenes.

Los primeros autores alemanes escribieron muy pocas óperas; pero todas son de un mérito superior á las francesas é inglesas.—*Stampiglia*, *Zeno* y *Metastasio*, son los reformadores del teatro lírico.

La lengua española, esta lengua de la que dijo el emperador Carlos V. que era la mas propia para hablar con Dios, es tambien, despues de la italiana, la que mas se presta á las exigencias de la música.—Sus palabras, ricas de vocales de clara pronunciacion, tienen generalmente pocas sílabas, y las consonantes de sus terminaciones son por lo regular las menos duras del alfabeto, cuyas ventajas dan á nuestro idioma una dulzura y elasticidad muy á propósito para el canto.

A pesar de todo, quizá no fuimos los españoles los que mas partido sacamos de la riqueza de nuestro idioma y de la facilidad con que se plega á to lo género de canto.—Nuestra música verdaderamente nacional, se encuentra en esa multitud de canciones populares en que se evapora el genio de sus compositores, y que repetidas por todos, demuestran nuestra aficion á la música.

Esta data desde muy antiguo.—España puede lisonjearse de haber sido la primera nacion que tuvo una escuela pública de música. El rey don Alfonso el Sabio fundó una cátedra en la universidad de Salamanca, casi en la misma época en que el papa Nicolao erigió otra en Bolonia, institucion desconocida en Inglaterra hasta dos siglos despues.

A principios de este siglo existían en la biblioteca de Toledo las *Cántigas* de este rey, con las notas musicales y las correcciones ó apostillas, de su mismo puño.

En el siglo XIV estuvieron muy en boga las *jácaras*, que no eran otra cosa que los romances puestos en música, á los que siguieron las tonadillas.

El conde-duque de Olivares que para hacer olvidar á Felipe IV el gobierno del Estado, le entretenía con magníficas fiestas, le ofreció varios espectáculos en que la música y canto constituían la mayor parte de la funcion, y á poco tiempo se oyeron las primeras óperas italianas en Madrid.

En las funciones reales celebradas en Madrid con motivo del casamiento de Carlos II con Luisa de Orleans, algunos artistas franceses representaron varias óperas de Lulli, compositor florentino, que no tuvieron gran aceptación por la preferencia que ya entonces daba nuestro público á la música italiana.

En el reinado de Fernando VI se ejecutaron en el Buen Retiro algunas óperas italianas, pero de este espectáculo no pudo disfrutar nuestro público, pues solo asistían á su representacion la real familia y algunas de las mas distinguidas de la corte, que eran invitadas.

Posteriormente se cantaron óperas, italianas tambien, en el corral de los Caños. Cerróse este teatro permaneciendo en tal estado muchos años. Entre tanto, se representaban algunas tonadillas y zarzuelas en los coliseos de la Cruz y del Príncipe.

Volvióse á abrir por fin el teatro de los Caños para bailes de máscaras, y á esta diversion siguió nuevamente la ópera italiana, que proporcionó á la Todí ruidosas ovaciones.—El público de Madrid conserva aun gratos recuerdos de las señoras Fabbrica, Paltoni, Albini y Adela Chessari.

Entre los extranjeros son acaso mas conocidas que entre nosotros las composiciones de muchos *maestros* españoles que honran á nuestra patria: tales fueron entre otros, el aragonés Manuel Guerrero, el burgalés Francisco Salinas, ciego desde la edad de diez años, y apellidado por unos el moderno *Didimo* y por otros el *Sanderson* español; el inventor del bajo continuo Matias Juan Viaua; don Francisco Javier García, llamado por los italianos el *Españoleto*; fray Pablo Nassarre, autor de una escuela musical, y el sabio don Antonio Eximeno que publicó en Italia varias obras. En aquel país hicieron tambien oír sus divinos acentos las señoras Cerrea, Loreto García y Colbran, esposa del célebre Rossini.

Mucho pudiéramos escribir con relacion á la época actual; pero este artículo es ya demasiado largo.

Haremos, no obstante, especial mencion de los teatros líricos de Barcelona, la rica perla del Mediterráneo.—Sus *dietanti* pueden gloriarse de haber sido aquella ciudad la primera capital de España que tuvo una compañía de ópera formalmente contratada.—Desde mediados del siglo último, la populosa capital de Cataluña sostiene sin interrupcion brillantes compañías líricas, y hace algunos años que el aficionado público barcelonés llena todas las localidades de los dos coliseos en que se ejecutan las principales óperas del moderno repertorio, adelantándose algunas veces al Teatro Real de Madrid, en ofrecer novedades musicales.—Los artistas que cantan con aceptación en aquellos teatros, alcanzan tanto provecho como honra, pues ya es conocida en todo el mundo filarmónico la delicada inteligencia de aquellos espectadores.

La aplicacion á la música crece en nuestro país de una manera prodigiosa. ¿A cuántas de mis bellísimas lectoras habrá sorprendido este periódico sentadas al piano?

Nada hay que proporcione momentos mas deliciosos que la música: ella nos hace olvidar nuestros mas crue-



COSTUMBRES MADRILEÑAS.—EL BARBERO AMBULANTE.

les sufrimientos; por eso, tal vez dijo Chateaubriand: —«Fuerza es que se oculte en el dolor una secreta armonía, pues todos los que lloran son aficionados al canto.»

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

COSTUMBRES MADRILEÑAS.

EL BARBERO AMBULANTE.

El salon para afeitar y para cortar y rizar el pelo, ha dado al traste con las antiguas y famosas tiendas de barbería.

Los cirujanos romancistas ó de tercera clase que bajo el honroso titulo de *maestros* dirigieron por espacio de muchos años los trabajos de aquellos modestos establecimientos barberiles, no son hoy ni siquiera un recuerdo de lo que fueron antes.

Humillada la *tienda* ante el fastuoso lujo desplegado en el *salon*, el cirujano ha tenido que suprimir la vacía abollada y reluciente para dedicarse á otras operaciones menos cruentas. La ventosa y la lanceta han ocupado el lugar del verduguillo, y aquella mano larga, colorada y fria, que con tanto denuedo habia batido las mandíbulas del parroquiano, no abandona hoy el mugriento bolsillo, en que generalmente vive escondido, á no exigirlo una muela cariada ó un *golpe* de sanguijuelas.

En una palabra: la verdadera *tienda* de barbería ha muerto ante la magnificencia de los salones para afeitar. El *mancebo* ha cambiado su nombre por el de *dependiente*, y la guitarra, instrumento preciso é indispensable de la *tienda*, ha enmudecido ante las baterías de frascos, botes y platillos que decoran el salon moderno.

Solo el barbero ambulante ha salido ileso de esta universal derrota.

Unico resto de su numerosa familia, vive en 1860 ni mas ni menos que vivia en 1815.

El zapatero de viejo y el sastre remendon han mejorado en su oficio; en sus respuntes y sus ojales se notan diferencias esenciales; solamente el barbero ambulante ha desobedecido á la ley del progreso; su navaja es cada vez ma funesta; la misma sangre derrama hoy que hace cuarenta años.

El guerrero mas acostumbrado á las batallas, retrocede espantado ante un rastro de sangre; nuestro hombre por el contrario; un *cañon* que salta, una sajadura

que llega hasta los dientes, le animan y encien'en, para continuar su operacion con mayor denuedo y ferocidad.

Y con mas orgullo blande
Su formidable navaja
Que su tridente Neptuno
Y que Alejandro su espada.

Nómada en la córte, sin familia, sin hogar y hasta sin portal, elige generalmente para teatro de sus fechorías las plazuelas mas concurridas de arrieros, aguadores y mozos de esquina, y... ¡allí es ella!

Una vez colocada la funestra trípode, los destinados al sacrificio acuden de dos en dos, de cuatro en cuatro y hasta de seis en seis, segun el valor individual de cada víctima.

¡Ah! en este momento supremo, en este instante de gloria, el barbero ambulante se cree un semi-dios.

Su mano derecha brinca llena de espuma de jabon sobre la cara del parroquiano como un corderillo blanco sobre la cresta de un cerro.

Los que esperan vez, miran de hito en hito la facilidad pasmosa con que el *maestro* jabona hasta las cejas al paciente, que á su vez llora *a priori* el mal rato que le espera.

Por fin brilla abierto el homicida instrumento, y aquí de la parsimonia con que nuestro héroe se pone á afilar su navaja.

La concurrencia observa esta operacion con silenciosa curiosidad; y ya puede ocultarse el sol; resfriarse la atmósfera, helar, levantarse ventiscas, gritar el parroquiano porque la barba se le seca; todo es inútil. El *maestro* continúa afilando su navaja, convencido, sin duda, de que *nunca para el mal es tarde*.

En este estado su le suceder que un recién llegado al corro interpela bruscamente á otro que está esperando vez. No cortará el maestro un pelo de la barba remojada, sin haber antes apaciguado á los contendientes, siquiera para lograrlo haya tenido que ir en busca de la guardia urbana.

Llega por último el momento de la rasura: el berduguillo cae como un relámpago sobre el carrillo frio del desdichado astur; la barba cruje, la sangre corre.... ¿y qué? La operacion termina: el parroquiano suelta tres cuartos envueltos en un terno, y el maestro le despide diciendo: *salud*.

—Y ¿hay, despues de visto esto, quien se atreva á sentarse en el fatal banquillo?

—Sí; porque contra sus instintos sanguinarios, posee

el barbero ambulante la cualidad de no contradecir á sus parroquianos: piensa como ellos, habla como ellos y viste como ellos.

Tiene del andaluz la gracia del decir; la pesadez del asturiano y la tenacidad del aragonés.

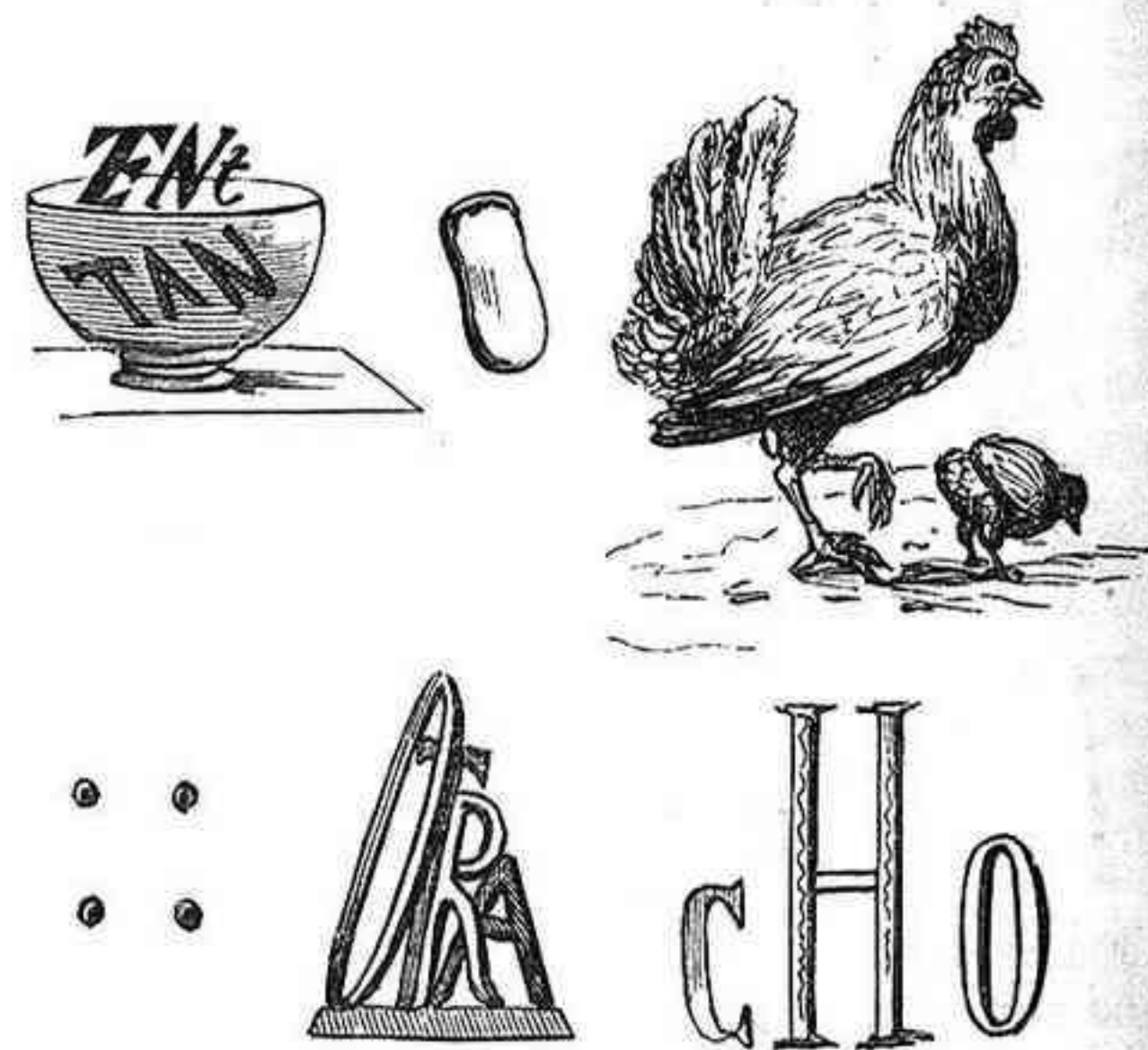
Su traje será un contrasentido; pero gastando calañés dá gusto á la gente maja; usando casaca atrae por espíritu de compañerismo á los cesantes pobres; y con sus zapatos gruesos y claveteados, se hace pasar como uno de tantos entre los aguadores y mozos de esquina.

Para concluir:

No deseamos el mal del prójimo; pero si algun dia tuviera cabida en nuestro corazon tan reprehensible deseo, no pediríamos para nuestros enemigos las plagas de Egipto ni las calderas de Pedro Botero; pediríamos únicamente que fuesen afeitados por el *barbero ambulante*.

J. J. VLLANUEVA.

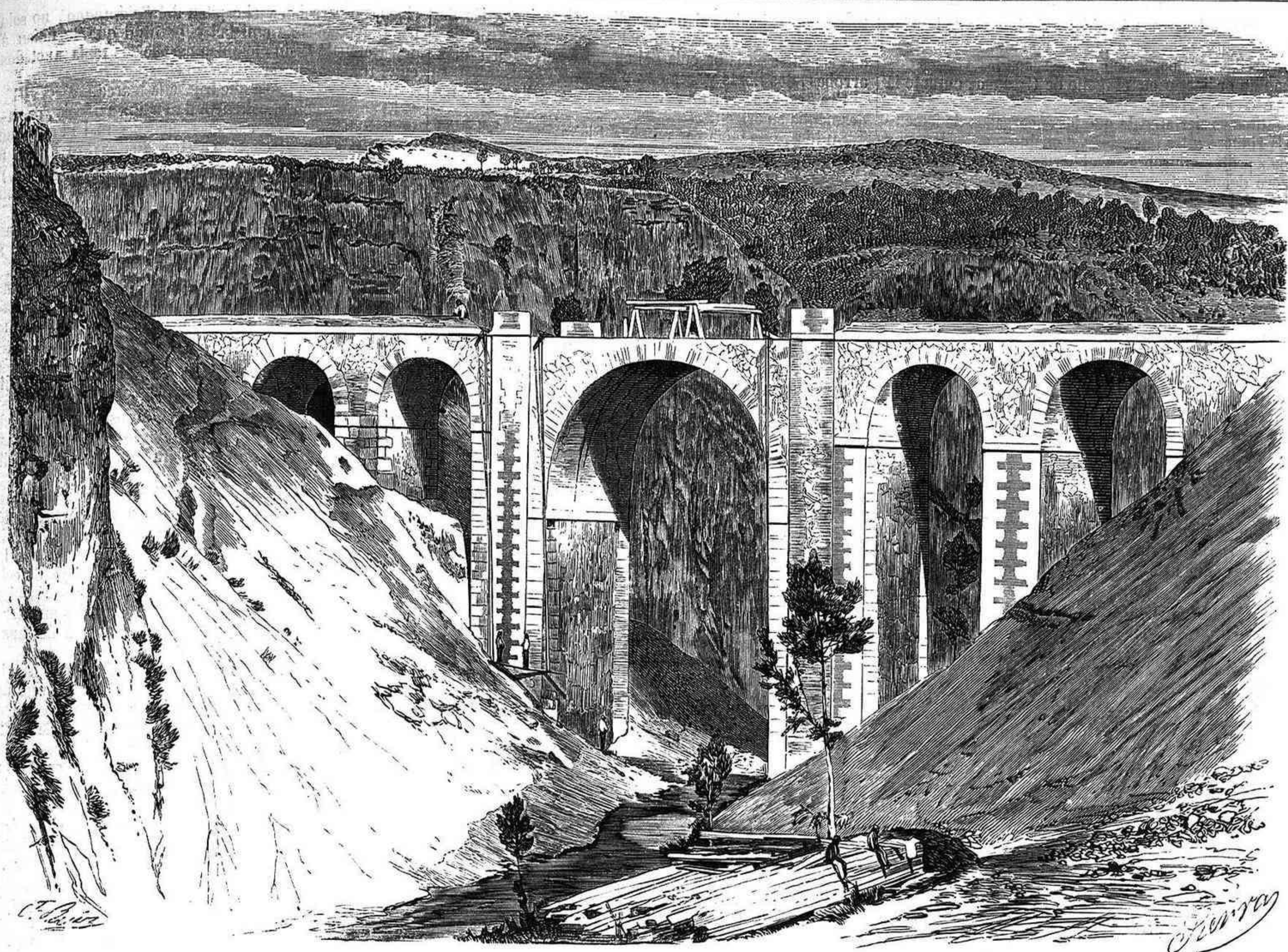
Geroglífico.



La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



VIADUCTO SOBRE EL ARROYO DE GAYA EN EL FERRO-CARRIL DE BARCELONA A MANRESA.

mismo sentimiento de indignacion y de ira contra los ofensores de nuestros derechos; pero no duraba mucho esta expresion en sus semblantes. Bien pronto se disipaba para dar paso á la lástima y á la compasion.

De este modo continuaban las jóvenes hasta que la noche avanzaba en su carrera, y llegaba la hora de retirarse; entonces recogian con gran cuidado su trabajo, otro suspiro salia de sus labios ó mejor de su corazon y con un *Dios quiera que no se usen* se retiraban afligidas, si, pero puras y ennoblecidas con su obra.

Este es el cuadro, debilmente trazado por mi inesperta pluma, que presenta hoy esa modesta casa de la clase media. Sirva de consuelo á nuestros valientes que mientras ellos pelean ó vigilan esperando la venida del dia hay una multitud de hermosas que los dedican sus recuerdos, sus lágrimas. Y el infeliz soldado que yace en el lecho del dolor, sienta agradable consuelo cuando coloquen sobre su herida una porcion de hilas pensando que vienen regadas por el llanto quizá de su madre, quizá de su esposa ó quizá de su hija.

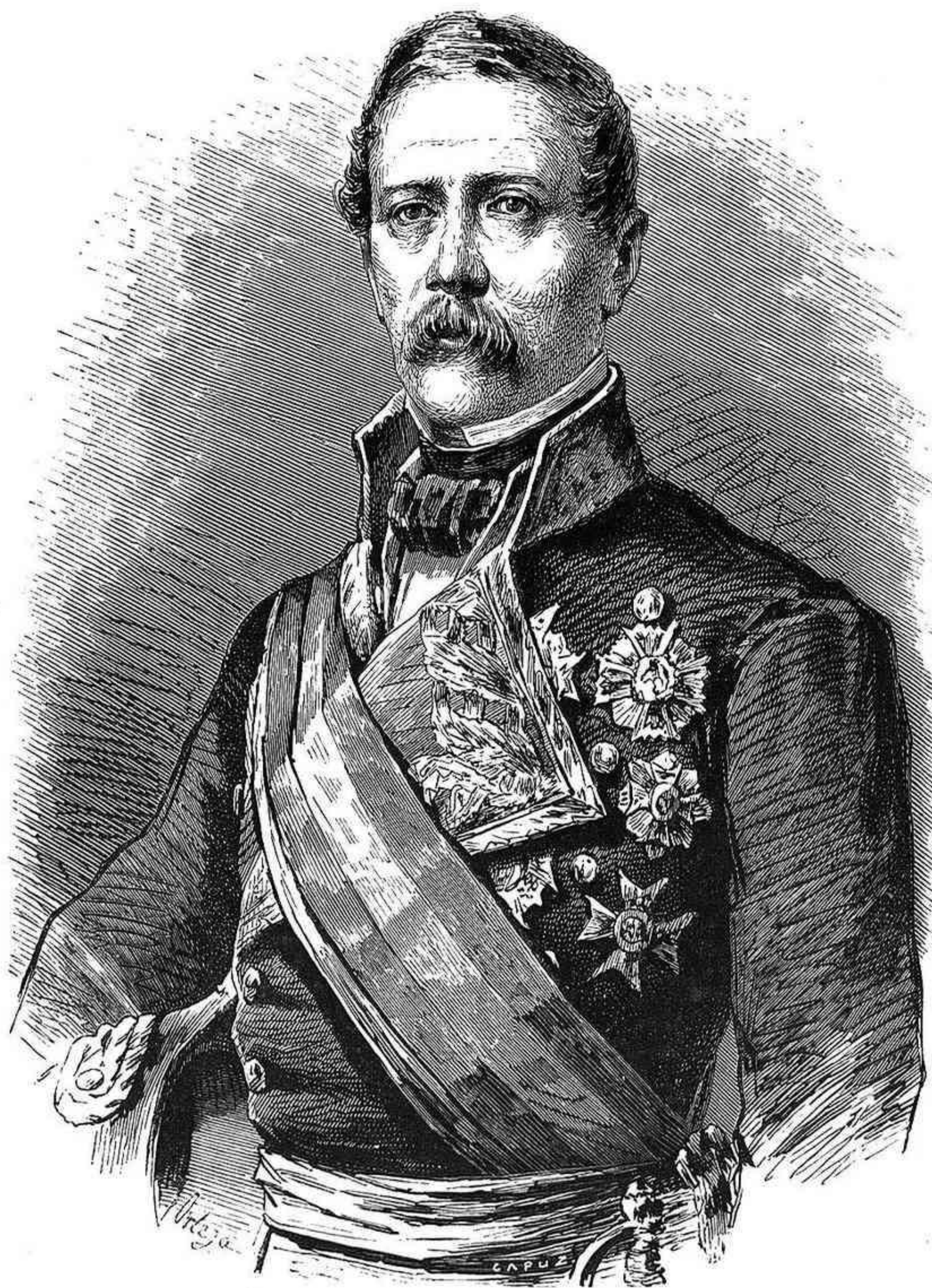
HIPÓLITO GARCIA RUIZ.

ESCENAS MARITIMAS.

IV.

LOS PASAJEROS.

La ria de Rivadeo, aunque de corta estension, comparada con los magnificos puertos del mismo género que poseemos en nuestras costas del N. O., es uno de los puntos mas notables y pintorescos de la costa de Cantabria.



EL GENERAL ZABALA, JEFE DEL SEGUNDO CUERPO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

En una region hi rográfica de tres leguas cuadradas de superficie, y formando los vértices de un triángulo escaleno, cuyo lado mayor tendrá apenas una legua; se hallan situadas á orillas del mar, aunque un tanto elevadas en mucha parte sobre su superficie, las villas de Rivadeo, Castropol y Figueras, pertenecientes la primera á la provincia de Lugo, y las dos restantes al antiguo principado de Asturias.

La vista de estas tres poblaciones; la ininidad de lanchas y botes que cruzan constantemente de unas á otras; el gran número de buques fondeados á sus inmediaciones, y que se dirigen á ellas á toda vela, ó suben la ria cargados de hierro y de vena, con destino á las ferrerías y fábricas de clavazon, situadas á orillas del Eo; los varios pueblecitos sembrados á lo largo de la ribera ó en las dos colinas, que formando en un principio el estrecho cauce del rio, se separan poco á poco y vuelven á aproximarse antes de perderse en el Océano, formando la entrada del puerto; y el movimiento de los astilleros situados en ambas costas, y en los cuales se construyen muchas y muy buenas embarcaciones, presentan, visto todo esto desde el campo ó paseo de Castropol, que se halla frente á la barra, y casi en el centro de la ria, un panorama magnífico y encantador.

Sin los bancos que la acumulacion de las arenas arrastradas por el Eo va formando en la mejor parte del puerto, las poblaciones situadas en la ria de Rivadeo tendrían un brillante porvenir mercantil é industrial, y los infelices buques que corren un temporal por aquellas costas embravecidas, sin hallar un pun-

to seguro que les ponga á cubierto de la furia de los elementos desencadenados, contarían con un hermoso puerto de arribadas, abordable á la vela con los vientos que reinan de ordinario en el golfo de Gascuña, durante la peor estación del año.

Lástima es ciertamente que los encargados de fomentar la riqueza y los intereses del pueblo no tiendan una mirada protectora sobre aquel hermoso país.

Pero dejemos á un lado consideraciones ajenas en cierto modo á nuestro propósito, y reanudemos la relación de los sucesos, interrumpida en el artículo anterior.

Diez días hacia ya que Andrés Cotarelo estaba en viaje, y otros tantos llevaba la buena y cariñosa Adelaida arreglando, con tierna solicitud, el petate de su hijo y regando con sus lágrimas las prendas que este había de vestir durante la ausencia.

El contraestre Monteavaro había cumplido su palabra: Ceferino estaba admitido ya de muchacho de fogón á bordo del bergantín *Relámpago*, uno de los mejores buques que poseía la acreditada casa de los señores Bengoechea y compañía, y escusamos asegurar que el chico se mecía orgulloso en las aguas de la dicha, y que su imaginación de niño, pero de niño formal y pensador cuanto podía serlo á su edad, corría en popa cerrada, impulsado por el viento de la fantasía, por el golfo insondable del porvenir.

El *Relámpago* estaba listo para darse á la vela con destino á Barcelona, y solo esperaba tiempos favorables.

Ocurrió por casualidad en aquellos días (siempre la casualidad interviniendo en los destinos humanos) que don Romualdo Argensola, administrador de salinas de Castropol, fuese trasladado con ascenso á la capital de Cataluña; y como el viaje por tierra, á mas de molesto, le habría costado un ojo de la cara, resolvió trasladarse por mar á su destino, aprovechando la salida del *Relámpago*.

Entre el capitán de este buque y el administrador Argensola mediaban íntimas relaciones de amistad hacia algun tiempo.

El primero solía cargar de sal en Torrevieja á la vuelta de la mayor parte de sus viajes al Mediterráneo, y traía siempre (á lo menos así se decía en el pueblo) trescientas ó cuatrocientas fanegas fuera de registro, sin que jamás se le hubiese visto venderlas de contrabando; antes al contrario, era público y notorio que se transportaba de su buque al alfolí de Castropol hasta la última piedra.

El segundo, que tenía 5,000 reales anuales de sueldo, y que no se le conocían otras rentas, gastaba y triunfaba de lo lindo; tenía caballo y perros de caza; sostenía á su familia con un lujo deslumbrador; se cuidaba como cuerpo de rey, y aunque había llegado al pueblo tres años antes con un equipaje que pecaba de modesto, poseía ya dos casas de labranza con setenta días de aradura en la vecina aldea de San Juan de Molde, y había construido un bote muy elegante para pescar y zalearse por la ría.

Todas estas circunstancias, debidas sin duda á la economía y al buen gobierno de don Romualdo Argensola, que sabía imprimir tan extraordinaria elasticidad á los 21 duros escasos que cobraba mensualmente, dieron motivo á que se dijese en el pueblo, seguramente sin razon, que el administrador de salinas y el capitán del *Relámpago* engordaban con la leche de la vaca blanca, sin tener en cuenta los murmuradores que el buen Argensola estaba flaco y acartonado como una momia, y que el cuerpo de su amigo no pesaba dos libras mas que el suyo.

¡Vaya usted á dar crédito á murmuraciones de lugar!

Al día siguiente de haber recibido don Romualdo su nueva credencial, pasó á bordo del *Relámpago*, habló un rato con su amigo y quedaron conformes en que el ex-administrador y su familia irían de pasaje en el bergantín, sin pagar un solo real, pero á condición de que se proveyesen de municiones de boca para el viaje, por que el buque navegaba á la parte, y no era justo que pesase sobre toda la gente de á bordo la manutención de los pasajeros.

Y no se contentó el capitán del *Relámpago* con darles pasaje gratuito, generosidad muy común en los marinos de aquel país cuando se trata de personas conocidas, sino que les ofreció su cámara y puso á disposición de Argensola tres de los cinco catres que aquella tenía, reservándose para sí el cuarto, y dejando al piloto el que estaba medio oculto tras la escalera.

La familia del vista electo de la aduana de Barcelona se componía de su esposa, una hija y dos perros perdigueros: no era por lo mismo muy numerosa y podía acomodarse muy bien en los tres catres, y hasta quedar uno de estos de repuesto para el caso de que se rompiese la paz conyugal durante el viaje, siempre que don Romualdo consintiese que sus perros fuesen á dormir á la lancha ó á cualquier otro punto sobre cubierta.

La esposa de Argensola, llamada doña Pánfila, era una mujer que rayaba en los cuarenta, bastante pagada de sí misma, blanca y rolliza como ella sola, de formas redondas y sobrado pronunciadas, que no se cuidaba mucho de ocultar, lo cual había proporcionado á su marido, un poquillo celoso, algunos malos ratos. La esta-

tura se aproximaba, si no escedia, á los cinco piés de rey, y estaba tan gruesa, que habiéndose puesto quince días antes en la báscula del alfolí, resultó tener diez arrobas, dos libras y tres onzas de peso.

Era, como se ve, una verdadera moza gallega que no desmentía su origen.

Su hija, que tenía por nombre Eloisa, y acababa de cumplir diez años, era un ángel de hermosura, un dechado de perfección, un tesoro de candidez, de modestia y de ternura. Ocupada constantemente en las labores propias de su sexo, sumisa y obediente á las menores indicaciones de sus padres, cuyos deseos procuraba adivinar, cubriéndolos á todas horas de infantiles caricias, parecía no existir mas que para formar el encanto de los autores de sus días y labrar su felicidad.

Tenía un talento claro, una imaginación viva y apasionada, una penetración muy superior á sus años, y era tal la compasión que le inspiraban los pobres, que no había ejemplo de que ninguno se hubiese marchado de su puerta sin bendecirla.

Cuando supieron en el pueblo y en las aldeas inmediatas que este ángel bienhechor iba á marcharse, muchos ojos se arrasaron de lágrimas, muchos corazones se oprimieron de pesar, muchas manos se cruzaron para pedir al cielo que derramase la gracia y la felicidad sobre aquella inocente criatura.

Argensola y su familia se deshicieron de los muebles que por su volumen no podían llevar consigo, se proveyeron de víveres para el viaje y se despidieron de sus amigos; de modo que tres días después de la entrevista con el capitán del *Relámpago* estaban en disposición de embarcarse.

Era el 10 de febrero de 18... y reinaba vendabal.

A la puesta del sol la atmósfera principió á despejarse, las nubes se fueron aglomerando sobre el horizonte formando hácia el Norte un denso paredón, y se sintió correr una suave brisa de tierra que rizaba ligeramente la superficie de las aguas en toda la extensión de la ría.

Aunque don Romualdo no era una especialidad en meteorología, se le alcanzó desde luego que el cariz anunciaba mudanza de tiempo; salió de su casa con el fin de descubrir mas horizonte; preguntó á sus amigos, consultó á varios marineros entendidos, y todos estuvieron conformes en asegurar que á la mañana siguiente correría Nordeste limpio. Y como si esto no bastase, puso dos letras al capitán del *Relámpago* en una hoja de su cartera, y se las mandó por una lancha que salía en aquel momento para Rivadeo.

—¿Cuándo marcharemos?

—Mañana á las seis. Procure usted hallarse á bordo una hora antes de la salida del sol.

Esta respuesta era terminante, y el ex-administrador de salinas regresó al lado de su familia con el fin de hacerla saber aquella novedad.

Dejémosles haciendo los últimos preparativos de viaje, pasemos á Rivadeo y acerquémonos á la habitación de Andrés Cotarelo.

Pero no: la escena que allí presenciáramos desgarraría nuestro corazón.

Una madre sensible y cariñosa que estrecha al hijo de sus entrañas contra su corazón angustiado, que le cubre de lágrimas y de besos, que quiere desprenderle de sus brazos al sentirse desfallecer, y que cada vez le oprime con mas violencia, y se cierne en sus brazos con una pasión, con un delirio inexplicables: hé aquí en resumen lo que allí presenciáramos.

Ceferino había entrado al anocheecer en su casa y pronunciado, temblando como su padre, el fatal—mañana salimos,—y la infeliz Adelaida no contaba con fuerzas bastantes para soportar aquella despedida.

Afortunadamente el contraestre del *Relámpago*, que preveía lo que iba á suceder, había acompañado al niño y puso término oportunamente á la escena llevándose de nuevo y asegurando á su afligida madre que cuidaría de él, tanto á bordo como en tierra, con mas cariño, con mas solicitud que si fuese hijo suyo.

Apenas la luz del crepúsculo iluminaba las crestas de las colinas que circundan la ría de Rivadeo, cuando la tripulación del *Relámpago*, abandonando sus camarotes, se estenlió sobre cubierta, á medio vestir y con los pantalones subidos hasta la rodilla, para dar principio al baldeo.

Terminada esta operación, que es siempre la primera faena de á bordo, y limpia ya y brillante como un espejo la cubierta del bergantín, se hizo el zafarrancho, se cobraron las amarras dadas en tierra, se desferraron las velas cuadras, se metió á bordo la lancha, se aseguró el bote en los pescantes, y el *Relámpago* quedó en franquía, á pique sobre el ancla de estribor.

Era la hora de pleamar; el terral iba cediendo por grados muy sensibles, y todo anunciaba que no tardaría en correr Nordeste duro. Si el buque esperaba para zarpas una sola hora, este viento, que le vendría por la aleta de babor al abocar la barra, le obligaría á voltegear un rato por la ría antes de montar la punta de Porcillan; y en estas bordadas, que con marea llena no ofrecen ningún peligro, se corría el riesgo de tocar en uno de los muchos bancos de arena, que van inutilizando desgraciadamente aquel puerto, con solo esperar á que la marea llegase al cuarto de su vaciante.

Los pasajeros que debían estar á bordo antes de las

cinco, no parecían y el capitán del *Relámpago*, no solo por los vínculos de amistad y gratitud que le unían á don Romualdo, sino tambien porque los tenía anotados, en el rol, sentía marcharse sin ellos.

Diez minutos hacia que bajaba la marea.

El capitán, en el colmo ya de su impaciencia, se paseaba sobre cubierta con mas rapidez y mal humor que de costumbre: el contraestre Monteavaro juraba á todo jurar y maldecía de todos los pasajeros habidos y por haber; la tripulación trinaba al ver que se perdía un tiempo precioso y los pasajeros no parecían.

Por fin se avistó un grupo de personas que bajaban apresuradamente por la punta de Castropol; se tendió á bordo el antejo: eran ellos.

Apenas llegaron al embarcadero, se metieron en una lancha, largaron la vela, y á beneficio de diez remos, halados con brio, y del poco terral que aun corría, se hallaban quince minutos después, al costado del *Relámpago*.

La resaca y la brisa, que agitaba las velas á medio cargar, mantenían al buque en un continuo balance, y para colmo de desdicha, los marineros habían recogido en la bodega la escalera y fue preciso echar por el costado una escala de flechaste para que subieran por ella los pasajeros.

Don Romualdo y su hija, el primero por la costumbre y la segunda por la poca aprensión que se tiene á los diez años, subieron, aunque con algun trabajo, y doña Pánfila intentó seguirles. Se cogió fuertemente á los guardamancebos y puso hasta diez veces el pié derecho en el primer flechaste; pero al querer colocar el izquierdo, y á pesar del auxilio que le prestaban dos marineros de la lancha, se caía y volvían ambos piés á descansar sobre el banco.

Aquella urca, como estaban diciendo por lo bajo las gentes del bergantín, tenía demasiada popa para una urca sola, y concluyó por asegurar que le era de todo punto imposible llegar al portalón con aquella escala. Bajó á la lancha su esposo; la animó, la aconsejó, la presentó como ejemplo la seguridad con que su hija había subido, y hasta llegó á fingir que se incomodaba; pero inútilmente.

Y á todo esto, la marea seguía bajando, el Nordeste se había presentado ya por fuera, y el capitán y la tripulación del *Relámpago* maldecían y juraban en coro.

Por fin, doña Pánfila, después de renegar de su suerte, y llorar como una Magdalena, y de echar pestes contra los buques que no tienen sus escalas tan anchas, tan seguras y tan inmóviles como las escaleras de un palacio, consintió en hacer un nuevo esfuerzo, aprovechando los instantes en que el balance del buque era menos sensible.

Apoyó otra vez el pié derecho en el primer flechaste; dos marineros de los mas robustos la suspendieron cuanto sus fuerzas y el movimiento de la lancha les permitía, y ya su pié izquierdo estaba á punto de tocar el segundo flechaste, cuando al bergantín, que parecía complacerse con las agonías de la buena señora, se le antojó inclinarse de repente sobre aquel costado, mas de lo que convenía á la esposa de Argensola.

Los marineros que la sostenían la habían soltado en aquel momento; la lancha se separó algun tanto del bergantín; el flechaste se resistió á sostener aquella mole de carne, y doña Pánfila quedó cogida de los guardamancebos, gritando y pateando á mas y mejor.

Afortunadamente para ella, las gentes de la lancha se apresuraron á cogerla.

Pero estaba ya plenamente demostrado que la ex-administradora de salinas de Castropol no podía subir á bordo por los medios ordinarios, sin esponerse á una desgracia.

La niña lloraba, el capitán se mesaba el cabello, la tripulación se impacientaba, don Romualdo contemplaba en silencio y cruzado de brazos á su mujer, como diciendo: —¿y qué hacemos ahora?— y ya estaba la gente de á bordo resuelta á izarla como un fardo, á pesar de su resistencia y de sus lágrimas, cuando asomó el contraestre Monteavaro por una de las bocas de escotilla, trayendo en la mano una media pipa vacía, que trincó de firme con un par de buenos chicotes, y que enganchó en un aparejo.—

—¡Metedla en esa barrica!—decía Monteavaro de jando caer la media pipa en la lancha.—¡Metedla en esa barrica!—

La tripulación del *Relámpago* acogió con una risa general la idea feliz é ingeniosa de su contraestre.

Los dos esposos se miraban atónitos.

—¡A la barrica! ¡á la barrica!—gritaron á la vez todos los marineros, y que quieras que no quieras, las gentes de la lancha cargaron con doña Pánfila y la entraron en la media pipa, sin esperar su consentimiento.

El capitán la exhortaba desde el buque á que no tuviera miedo; su esposo hacia lo mismo desde la lancha; los marineros halaron del aparejo y la buena señora, pálida, desencajado el semblante y cogida con ambas manos á los bordes de la barrica, fue subiendo lentamente entre las risas y las chanzonetas de la tripulación del *Relámpago*, que contemplaba aquella escena arriada á la obra muerta.

Quince segundos mas, y la ex-administradora de salinas de Castropol abandonaría su púlpito, y sus piés tocarían la cubierta del bergantín.